

KANT Y EL VESTIDO ROJO



LAMIA BERRADA-BERCA

Ilustraciones de
MARÍA ANGULO AGUADO

DEBOLSILLO

Lamia Berrada-Berca
Kant y el vestido rojo

Traducción de
Noemí Sobregués y Joaquín Chamorro

Ilustraciones de
María Angulo Aguado

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

1

Al principio pasó por delante sin verlo.

En realidad sin querer ver.

Seguramente por el velo, que la hace diferente.

Al día siguiente volvió a pasar por delante, y entonces tuvo lugar un cambio sorprendente. Sintió que lo deseaba.

El deseo es algo olvidado sobre lo que se han acumulado días, meses y años de perfecto mutismo. Un deseo irrisorio, se da cuenta, culpable de existir porque no hunde sus raíces en nada loable.

Pero ¿cómo distinguir lo loable de lo que no lo es?

Sí, a sus treinta años siente la necesidad, por primera vez sabría y podría expresarlo más o menos así: necesita ese vestido rojo.

No es un deseo.

No es solo por el vestido.

Pero el hecho de que sea rojo basta por sí mismo.

Entonces piensa que se ha vuelto loca y corre a refugiarse en su casa.

2

Esa misma noche su marido vuelve tarde pero la cena está lista. Y lo espera. Como ella.

Su pequeña hija está en la cama.

Esa misma noche es una noche anormalmente tranquila.

Como si después de la tormenta, aunque fugaz, el cielo no pudiera recuperar su rostro impasible.

El marido, también impasible, come en silencio escuchando la tele, que berrea. La niña duerme al lado, y ella no hace ruido. Nada ni nadie hace ruido, por lo demás.

Aquí el silencio es una evidencia que la joven mujer ni siquiera se plantea eliminar o modificar.

La evidencia está ahí.

Todo en orden en una noche que llega a su fin y ni una palabra para decir lo que ha pasado. Porque a pesar de todo ha pasado algo: el rostro tranquilo de la mujer conserva la huella del deseo.



Aquí el silencio es una evidencia que la joven mujer ni siquiera se plantea eliminar o modificar.

La evidencia está ahí.

Todo en orden en una noche que llega a su fin.

Un recuerdo fugaz que la noche multiplicará en sueños.

Pero de momento la mujer se acuesta al lado de su marido, que ya está dormido.

3

Al despertarse el deseo sigue ahí.

La noche solo ahuyenta los malos sueños y los malos deseos, decía su abuela.

El deseo de un vestido rojo es un terrible pecado cuando desde muy pequeña se sabe que se ha nacido para llevar vestidos negros, para llevar ropa amplia que oculta todo el cuerpo, que oculta el pelo negro, que oculta incluso lo que expresan los ojos negros. Estar cubierta solo de negro es estar protegida, protegida del deseo de los hombres, que sí tienen derecho a desear.

Pero lo que hacen o desean hacer los hombres siempre es normal.

Son las mujeres las que tienen que proteger a los hombres de ellas mismas.

Todo el mundo sabe cuál es el gran pecado de las mujeres —quién se lo ha dicho y cómo lo sabe no tiene la menor importancia—, porque está segura de saberlo desde siempre, desde el principio, desde la noche de los tiempos; lo importante es simplemente saber que el gran pecado de las mujeres siempre ha sido tentar al hombre. Por eso hay que recordar eternamente a las mujeres como ella su impureza original.

Eliminando de ella, en ella, eliminándolas como mujer, eliminando positivamente todo aquello que podría avivar el deseo del macho porque el mal es, el mal solo puede ser olor de hembra, decían incansablemente las personas que rodeaban a la niña en la época en que la mujer vivía con su abuela.

4

La niña antes de ser mujer no sabe lo que es el pecado pero se lo enseñan, en lugar de enseñarle a leer y a escribir.

Le enseñan sobre todo que el rostro del pecado es múltiple. Hay muchas formas y muchos rostros diferentes que deben reconocerse con el paso de los años para burlar las trampas, en lugar de aprender la escritura, cuyos múltiples signos bastan para ampliar el ámbito del saber, que por otra parte es más seductor y, como todo lo seductor, absolutamente diabólico.

Es más útil, es necesario conocer los pecados que enseña la tradición, y el peligro es que algunos creen que podrían aprender por sí mismos a distinguir entre el bien y el mal, repetían doctamente las personas que rodeaban a la niña en la época en que la mujer vivía con su abuela.

Mucho más útil que aprender todas esas cosas, que obstruyen el cerebro de las mujeres. Lo único que tienen que saber es obedecer a su marido, añadían.

Y poco a poco la niña pierde la inocencia de no saber siquiera lo que es un pecado pequeño.

La joven mujer en la que se ha convertido aprende a olvidarse de sí misma, lo olvida todo, casi todo lo que en aquella época la niña aún podía imaginar.

5

Cuando el marido se va a trabajar y su hija se va al colegio, la mujer va a comprar, hace la comida y sobre todo no hace ruido.

Sin hacer ruido, se preocupa todo el día por su soledad.

Luego, pensándolo mejor, se da cuenta de que en realidad estar sola es estar como siempre, porque desde que se casó ha estado sola en todo momento.

Sola, sentada junto al hombre que es su marido.

Apartada de él por una ínfima distancia de respeto que en su caso podría calificar como indiferencia, mientras que otras mujeres sienten asco o miedo.

Sola de pie al lado de su hija, que hace sus deberes obedientemente.

Sola desde que su hija, que ahora sabe leer y escribir, entra por una puerta ligeramente entreabierta en un mundo que ella no conoce.

La soledad es lo único que le queda a la joven mujer y que de verdad le pertenece.

Que es, de lejos, su más vieja costumbre.

La segunda es mirar por la ventana y ponerse a soñar cuando sabe que no hay nadie en casa que pueda impedirselo, y se permite a sí misma hacerlo.

6

Ahora la mujer está sentada frente a la ventana y mira algo que no existe.

Nada en el horizonte.

Tampoco espera que haya algo.

Se ha acostumbrado a que no haya nada.

Aun así hoy acecha, observa con atención la lejanía.

Porque de repente se dice que incluso detrás de la nada quizá exista un mundo.

Tiene en las manos un rosario cuyas bolitas recuerdan la danza de las nubes.

7

Ahora el rosario da vueltas.

La mujer dice...

Desear un vestido rojo es un pecado terrible cuando se es una mujer; porque de entrada el primer pecado es darse cuenta de que es —en definitiva es la verdad— una mujer; porque el segundo pecado es creer ingenuamente que es una mujer como las demás, que podría expresarse como las demás; porque el tercer pecado es decirse que al fin y al cabo sí que puede desear algo y expresarlo; porque el cuarto pecado es tener un deseo propio que hace tomar consciencia de que podría tener una existencia propia; porque el quinto pecado es querer existir en toda regla, y el sexto pecado le hace decir ingenuamente que necesita creerlo, y entonces llega el séptimo pecado, el séptimo pecado hace que surja en ella la idea de que es un individuo.

La mujer sabe que esta extraña palabra tiene algo de terrible. Hace girar el rosario entre sus manos cada vez más deprisa, y así se desgranán los pecados de esta mañana hasta llegar al número ocho, que representa su pecado infinito. Que no es otra cosa que la suma de todos los demás.

No sabe si lo que dice lo dice de verdad o si solo lo recita.

8

Fue hace mucho tiempo.

Aquel día el hombre enumera su nombre, su apellido, su edad y el linaje de sus padres.

El acta de matrimonio parece —es raro— un interrogatorio muy neutro.

Después la firma con una simple cruz cierra el acta.

La noche de bodas adquiere aquella misma noche la forma de una violación de la que ella no se queja.



Porque de repente se dice que incluso detrás de la nada quizá exista un mundo.

Tiene en las manos un rosario cuyas bolitas recuerdan la danza de las nubes.

Ahora el rosario da vueltas.

La sala de visitas en el vestíbulo de la boda es fría.

Es la primera vez que su marido y ella se ven a solas para hablar.

Ella no recuerda nada concreto sobre cómo la cosa —la boda, esa boda a la que llama «la cosa»— pudo suceder.

Extrañamente el rostro de su abuela estaba invadido por la tristeza, ¿por qué?

Recuerda vagamente quizá el gesto de aquella mano arrugada alisándole el pelo con suavidad.

La mirada, la última mirada dice todo lo demás con dignidad.

Mi nieta está muerta, piensa, ahora ya la hemos casado.

Hoy la mujer dice vendida porque hoy sabe que decir casada o vendida es casi lo mismo.

Ser mujer cuesta caro, descubre aquel día sopesando el montante de su dote.

9

Desde que su marido se ha marchado esta mañana la joven mujer no se ha movido.

Teme arrugar el vestido entre los pliegues y repliegues de su cabeza.

El rojo es un color que la fascina desde siempre. Entre sus recuerdos está la sangre del cordero que derramaban en su país de origen los días de fiesta, a la que se añadió después la sangre derramada en la sábana la noche de bodas. Y la sangre siempre vuelve como una cantinela a mezclar oscuramente el placer y el dolor, a sellar el grito de la carne muerta con el de la carne viva.

En su historia, el rojo no es un color, es solo un grito. Ahora la joven mujer

sabe por qué si el vestido que vio en un escaparate no hubiera sido de ese rojo, un rojo-grito, quizá ella nunca se habría tomado la molestia de mirarlo.

Y mirar el vestido rojo en aquel escaparate la empuja ahora a mirar de otro modo el horizonte.

Ahora también el horizonte le grita desde la lejanía.

10

Necesita mirar así el horizonte mucho rato, horas enteras, sin moverse.

Como el horizonte, inmóvil y paciente.

Mirar un mundo que no acontece pero que existe, o que no existe pero podría acontecer, depende.

La joven mujer piensa una cosa, después otra y después deja por fin de dar vueltas a todo en su mente;

porque en su mente su deseo se ha vuelto tan inmóvil y paciente como la línea del horizonte;

porque en su mente su deseo se extiende y se tensa como la línea recta del horizonte;

porque una vez que el deseo ha logrado fijar ardientemente la mirada, se convierte sencillamente en la promesa de un mañana diferente.

11

La mujer sale, aún no son las cuatro.

La niña no tardará en volver del colegio.

Cuenta, verifica metódicamente que dispone de una hora para ella, solo para ella. Aprieta entre sus manos el envoltorio negro que rodea su cuerpo, el

negro de su vestido y el negro de su firme determinación. Avanza por la calle con pasos calculados pero camina deprisa y procura no ver a nadie.

En cualquier caso, ¿ve algo?

Dice que sí, que puede. Ve el mundo a través de una celosía flotante. Entre los huecos aparecen rostros de vez en cuando. Dice que lo visible siempre es más importante que lo que no lo es, así que solo tiene apego a lo que es visible para ella.

Camina a paso ligero. Con las manos pegadas a su cárcel de velo.

Nadie puede verlo todo del mundo, dice.

Tampoco la tele lo dice todo del mundo, tampoco la radio, tampoco los periódicos lo dicen todo del mundo. Tampoco las madres saben lo que sus propios hijos hacen en el patio del colegio cuando vuelven llorando y diciendo que se han arañado las rodillas cuando en realidad los han extorsionado y molido a palos... Al final hay que admitir que nunca podremos verlo todo y saberlo todo del mundo en el que vivimos.

Pero hoy sabe que ella quiere ser visible.

Dejar de ser la oscuridad en medio de todos los demás. Dejar de ser una estrella apagada, de ser un rostro de piedra que nada puede decir sobre su ira o su tristeza. Dejar de no ser, de no ser más, y eso la obliga a ver por fin a los que la verán, eso es lo que la asusta y hace que sin darse cuenta ande cada vez más deprisa.

Cree que de ahí procede la verdad, de esa sensación de ser un cuerpo desnudo expuesto a la mirada de los otros, de ser un alma desnuda expuesta a la verdad de los otros.

Y de entre lo que le asusta la verdad está en primer plano.

Así: fría y desnuda.

Todo lo demás detrás de su celosía flotante se desvanece tras ese muro de soledad que separa del mundo todo el resto de su vida.

Lo ha visto.

Su vestido sigue ahí, sigue siendo rojo.

Al principio lo ha visto de lado, algo de lejos, como para que creyeran que estaba esperando a que el semáforo se pusiera rojo para admirarlo tranquilamente.

Luego ha tenido que acercarse al escaparate.

En esta calle no hay muchos escaparates en los que se expongan así los vestidos.

Hay sobre todo librerías que venden el Libro santo y muchas otras cosas: rosarios, alfombras para rezar y chilabas para peregrinar a La Meca. Pero ella conoce mejor los colmados y las verdulerías que venden menta fresca, cilantro y azafrán. Tan buenos como en su país de origen porque vienen precisamente de allí.



Dice que sí, que puede. Ve el mundo a través de una celosía flotante. Entre los huecos aparecen rostros de vez en cuando. Dice que lo visible siempre es más importante que lo que no lo es, así que solo tiene apego a lo que es visible para ella.

De la ciudad a la que la trajo su marido solo conoce eso, ese cuadrado alrededor del metro Couronnes en el que se aventura para hacer la compra.

Pero la tienda de ropa está más abajo, al otro lado del cruce. Ha tenido que superar su miedo y la frontera que, en su imaginación, erigió su marido.

El mapa interior de sus desplazamientos se amplía con una localización más.

La tienda en la que ahora la espera el vestido se llama Chez Héloïse.

13

El rojo es un color del sur. La mujer se introduce en la cotidianidad con la más común de las comidas: las ensaladas de tomate y pimiento, los pimientos rojos asados en el kanun, los dados de tomate en la harira, la salsa harissa o el perfume de pimiento rojo... Todos los países homenajean el rojo en su cocina.

En la cena el marido disfruta comiendo todo esto.

Pero la joven mujer no come.

El deseo la abrasa con una intensidad nueva.

Ella piensa que las rebajas no tardarán en llegar y que entonces podría ir a comprarse el vestido, aunque no se lo ponga.

14

El deseo, tan ardiente durante todo el día, desaparece cuando el marido se mete en la cama.

Ella se ha soltado el pelo y se lo ha perfumado como cada noche.

Su marido le dice que es la mujer más guapa, que es suya, totalmente suya,

y que está orgulloso de ello.

Solo suya y para toda la vida.

Cuando se casaron le prometió que la llevaría lejos, que la llevaría a otro lugar, que la llevaría a conocer el país en el que gana el dinero que no hay en el suyo. Y que allí sería diferente.

Hizo lo que había dicho.

Pero también le dijo, se atrevió a decirle, casi con arrogancia, que allí sería muy feliz. Como si supiera qué es la felicidad para una mujer...

La mujer le creyó.

La enseñaron a creer lo que dicen los hombres. Y aquel no era un hombre cualquiera, era su marido. La llevó a un país que ella no conocía pero no por ello fue feliz.

Se da cuenta de que todas las palabras de su marido seguramente esconden una mentira tan enorme como aquella.

Pero esta noche finge que nada ha cambiado.

Es cierto que es suya.

Se deja caer en la cama y espera tranquilamente a que haya gozado de ella.

En ese momento lo entiende —es difícil decirlo—, ni ella misma sabría explicarlo, pero la revelación es tan brutal como rápido el gozo.

De repente entiende como en un fogonazo que así nunca será feliz, y que esa es la primera, la primerísima de todas las demás verdades.

15

Cuando la mujer con velo negro camina por la calle se desplaza por la acera con menos gente y busca el trayecto más sencillo hasta su objetivo.

Como un soldado en territorio enemigo.

O un fantasma paseando entre los vivos.

Esta incursión en el espacio público suele producirse por la mañana, para comprar los ingredientes para la cena de su marido y de su hija.

Su objetivo es ocuparse de que vaya limpia y esté bien alimentada. De que la casa esté limpia y en orden. La joven mujer está programada para mantener la higiene y la felicidad de todos. Algo insulso y plano que no debe atraer las miradas, que debe hacer creer a todo el mundo que el respeto ancestral al orden de las cosas garantiza una felicidad simple y sin complicaciones. Sin una arruga. Como un velo de felicidad arrojado limpiamente sobre la vida.

Todo lo demás: ordenar los papeles, las facturas, ir al banco, a correos, ocuparse de las cuentas, ser fuente de autoridad y de saber para su hija... todo eso está reservado al marido, que lo hace los sábados con gran aplicación, y los domingos también.

La gente de su país dice que para ella es una suerte tener un hombre como él, que trabaja y no se deja el sueldo en el bar o en las casas de apuestas.

La joven mujer contesta que esos se perdieron en el camino desde que viven aquí.

¿La tristeza por el país de origen? ¿La necesidad de olvidar dónde están?

Hacen cosas mucho peores en su país, oye decir. Cuántos beben en el bar y luego vuelven corriendo a su casa a pegar a su mujer diciéndose que son hombres...

La joven mujer piensa que sí, que tiene mucha suerte.

Su marido no le pega.

Se limita a hacer como si ella no existiera.

Al día siguiente a la niña le duele la barriga.
La mujer le apoya la mano en la frente febril.
Las dos pasan todo el día mirando el horizonte, una de pie y la otra acostada.

El silencio las une más que mil palabras.

17

Aun así la maestra quiere saber por qué la niña no ha ido a clase.
La llama por teléfono a las cinco de la tarde porque sabe que la joven mujer no sabrá leer la nota que quería escribirle en la agenda escolar.
La joven mujer solo entiende unas pocas palabras.

—No se preocupe —dice la maestra—. Cuando venga mañana hablaremos, he llamado a una señora para que traduzca.

18

La señora es de su país, sí. Del norte. Con un acento más duro.
La maestra se la presenta diciendo simplemente:
—Esta señora es de la AFAVO,^[1] ha venido a hablar con nosotras.
Entretanto la joven mujer, tranquila, se ha descubierto la cara.
Confía en la maestra.
Sonríe.
Es la primera vez que queda con una persona desconocida, que sale solo para hablar y que le dan la palabra.

Cuenta en dos palabras que su hija está enferma pero que le bajará la fiebre.

La maestra también sonríe.

—Su hija trabaja muy muy bien, ¿sabe? —E insiste—: Nunca había tenido en clase a una niña tan brillante.

—Gracias —dice la joven mujer.

En ese momento no dice nada más. Aunque le habría gustado. Decir: Sí, quiero que llegue lejos en la vida... Pero seguro que la señora de la AFAVO no lo traduciría como ella querría.



Al día siguiente a la niña le duele la barriga.

La mujer le apoya la mano en la frente febril.

Las dos pasan todo el día mirando el horizonte, una de pie y la otra acostada.

El silencio las une más que mil palabras.

—La semana que viene hacemos una salida al cine con la clase. Los llevo a ver una película que le gustará mucho, tiene que venir. Ya no estará enferma, ¿verdad?

La maestra insiste:

—Tiene que venir —repite depositando su dulce mirada en el silencio de la joven mujer.

19

—¿Cómo? ¿Quién te ha dado permiso para ir a ver a la maestra sin decírmelo? ¿Por qué?

La mujer sirve la comida a su marido en silencio. Sabe que hablar no sirve de nada.

Si contesta, si se atreve a decir que es normal que una madre vaya a ver a los que educan a su hija y hable con ellos, probablemente su marido se pondrá a gritar.

Si no dice nada, también gritará pero quizá acabe calmándose.

Pero no le dirá que tiene razón, aunque sabe que si se lo dijera se callaría enseguida, lo sabe, pero no lo dirá. Porque no es verdad, sencillamente. Porque la verdad empieza a darle menos miedo.

Esta noche su marido no ha ido a acostarse con ella.

Aun así, se ha soltado el pelo y se lo ha perfumado, como cada noche.

Esta noche lo ha hecho para ella.

20

Al día siguiente el marido exige ver a la maestra.

Su hija no irá al cine, no irá con los demás niños.

—¿Por qué? —pregunta la maestra en tono sorprendido.

El padre no tiene respuesta. No irá, eso es todo.

La maestra dice que la actividad es obligatoria para todos los niños de la clase.

—Es una actividad pedagógica, ¿lo entiende? —dice sin permitir que el hombre, que se enfrenta a ella en silencio, le haga perder la seguridad.

—No, no irá, eso es todo.

A continuación la maestra se entera de que la niña no puede ver películas porque en las películas hay imágenes.

—¿Y qué? —pregunta la maestra.



Esta noche su marido no ha ido a acostarse con ella.

Aun así, se ha soltado el pelo y se lo ha perfumado, como cada noche.

Esta noche lo ha hecho para ella.

—Que es grave que no lo entienda, no quiero que mi hija vea esas malditas imágenes...

21

Los ojos de la niña, que duerme, sueñan.

Los ojos sueñan con un país ausente en el que cada noche las imágenes ofrecen a sus deseos imágenes sin voz, sin palabras, imágenes solo arrastradas por el ruido del viento.

Llama a ese sueño «cine».

Los ojos de la niña sueñan, y los de la mujer, como siempre, se abren por la mañana, junto a su marido ausente, a un rostro de tierra quemada.

22

Ante el horizonte, con las manos juntas, dos miradas rezan para que la mañana que empieza llegue con la promesa de ser de verdad una mañana nueva.

No una mañana trillada que se limita a repetir lo que decía el día anterior.

No una mañana abierta a un futuro indeciso en el que no puedes abrir los párpados.

No una mañana sentada en el inmóvil paquidermo del presente.

Una mañana en la que los ojos de la niña y de la joven mujer puedan por fin observar desde el mismo mundo.

Saben mejor que nadie lo que quiere decir exactamente la palabra «mañana».

Solo el mañana puede abrirles el horizonte de un mundo totalmente nuevo.

23

Pero durante todo el día la vida se detiene.

Los niños están en el cine con la maestra pero es como si todo a su alrededor se hubiera vuelto de repente sordo y ciego.

El mundo apesta a injusticia. Un montoncito de estiércol apestoso en una llanura de tierra quemada.

En su inmenso sueño despierto los ojos de la niña se inventan durante todo el día las imágenes de la película.

El mundo sordo y ciego las rodea, a ella y a la joven mujer, como un paisaje exacerbado que solo deja pasar fragmentos, fragmentos muy pequeños de sueños de color entre los filtros de las prohibiciones.

24

—Ven —dice entonces la mujer—, voy a mostrarte algo, vamos.

La joven mujer sujeta con firmeza la mano de la niña.

Bajan las dos a la calle, llegan al cruce, dejan atrás la entrada del metro Couronnes y avanzan por la calle hasta que la niña, intrigada, acaba preguntando:

—Dime, mamá, ¿dónde me llevas?

Pero la joven mujer se lleva la mano a la boca.

—Chis.

Y luego la arrastra hasta la tienda que conoce sin que la niña haya tenido

siquiera tiempo de ver el vestido rojo expuesto en el escaparate.

Listo, aquí estamos al otro lado del mundo, se dice la joven mujer.

25

El vestido está en el mostrador de la tienda.

Una mujer con los labios pintados de color violeta extiende la tela, que cruje lentamente bajo sus dedos de uñas pintadas.

La niña se aferra al velo negro de su madre, que no está de luto.

—Bueno, ¿le gusta? —pregunta la mujer de las uñas pintadas con una voz tan chillona como el rojo del vestido.

La niña asiente con la cabeza sin darse cuenta siquiera.

—¿Es para usted?

Pero la joven mujer ya ha salido con la niña cuando oye murmurar débilmente sí, con una voz que al momento se extingue en el alboroto de la calle.

26

Es un día de Gran Pecado.

La niña intenta dormirse pero no lo consigue porque las imágenes de la película que no ha visto le dan vueltas en la cabeza, y su madre con un vestido rojo es la heroína. Que al final muere. Bueno, como todas las heroínas aunque más doloroso... y eso es lo que la entristece.

La joven mujer le apoya suavemente la mano en la frente. Tiene fiebre.



Es un día de Gran Pecado.

La niña intenta dormirse pero no lo consigue porque las imágenes de la película que no ha visto le dan vueltas en la cabeza, y su madre con un vestido rojo es la heroína.

—¿De qué fiebre me hablas? —pregunta el marido en tono arrogante.

—Sigue enferma, nada más —contesta la mujer con tristeza.

—No quiero que vuelvas a ir a ver a la maestra, ¿me oyes?

La joven mujer lo mira sin verlo del todo, cruza la frontera del silencio y se refugia en el territorio que conoce. Entretanto la niña se queda dormida.

La joven mujer se pasa toda la noche pasando las cuentas del rosario para escapar del deseo, que la persigue. Para que a su hija enferma le baje la fiebre. Como si entre la enfermedad y su deseo se hubiera establecido un extraño pacto que pudiera hacer caer a cualquiera de las dos en el rojo de la locura. Y reza.

27

—El mal. Encontrar la raíz del mal —dice el herborista de al lado del metro Couronnes a la joven mujer.

Es un iniciado, dice la gente del barrio, que sabe muchos remedios y secretos. Todo el mundo habla de él con respeto.

Ella, que no sabe leer pero que ha aprendido a retener todo lo que se dice, ella, que no sabe escribir pero que sabe descifrar todo lo que no se dice, recuerda palabra por palabra lo que el sabio le ha dicho esta mañana:

«Solo se puede hacer una cosa: dejar que los ojos escruten el mundo y se conviertan en una mirada libre que sueñe el mundo, que sueñe qué mundo transformar para los que quieran verlo después».

28

La niña vuelve al colegio al día siguiente.

Sus ojos miran intensamente la pizarra para leer todas las imágenes de tiza que se desprenden de ella.

Fiebre que ha bajado con palabras, precisamente con las palabras del sabio al que vio su madre.

29

La mujer vuelve también a su día a día, que no cambia.

El horizonte permanece imperturbable.

Pero se acercan las rebajas, y la joven mujer lo sabe.

No se entera por el rumor del viento, como en África, no confía en el canto de los pájaros, en los cambios de la naturaleza y de la estación. No sabe lo que las mujeres comentan en el lavadero, ni lo que los viejos del pueblo exponen en sus peroratas nocturnas debajo de la higuera. Aquí no logra oír ni entender porque no habla la lengua del telediario, porque no lee la lengua de revistas como *Elle* o *Marie-Claire* y porque del otro mundo solo conoce a una mujer que le parece amable y dispuesta a ayudarla: la maestra. Desconfía de la señora de la AFAVO porque las mujeres de allí que viven aquí van por ahí hablando demasiado. En todas las comunidades hablan, hablan mucho de ti y sobre todo a tus espaldas, y aunque no digan nada malo, lo que dicen acaba llegando un día a oídos malvados a los que les gusta dar la vuelta a las palabras y echártelas en cara. Así que no puede confiar en nadie, no, y le falta información sobre muchas cosas que la verdad es que le habría gustado mucho saber. Cosas mucho más importantes que la fecha de las rebajas.

En el barrio del metro Couronnes falta la gran higuera de su infancia, donde cuando podía iba a descargar el peso de su soledad de niña huérfana. A

recuperar la esperanza rodeando con sus brazos la corteza rugosa del tronco plantado en el suelo, tan profundo como la historia de su familia, cuyas raíces se pierden.

30

La primera vez que el velo negro cayó sobre su cabeza no dijo nada. Aunque fue aquella vez cuando habría debido llorar. Llorar. Gritar. Pero no decir nada... ¿Cómo es posible aceptar no ser más que algo que mueve los brazos, que adelanta los pies, que mantiene todos los automatismos de un ser vivo, que sabe incluso reírse de sí misma con sus iguales, pero que se queda sin voz, fuera de la vista y de la vida de los demás?

En cuanto cayó el velo, encerró el cuerpo en un secreto demasiado pesado para abrirlo.

Ninguna voz abre el secreto de un ser que se niega a hablar cuando sabe que no existe ninguna vía para dejarlo expresarse.

31

Es ridículo seguir pensando en la higuera, en su país de origen, en los pájaros-nubes y en que de niña encontraba tiempo para imaginar, antes de entender que su abuela la casaría como dictaba la costumbre, como decía la gente que los rodeaba, como quiere la tradición desde que las higueras son higueras, ni más ni menos.

Ridículo pasar las cuentas de un rosario gastado —el que le legó su abuelo— porque la muerte no excede la vida, la vida contiene ya en sí la muerte, la

vida, toda su vida, consiste en retener los días hasta que llegue el último, en el que su muerte se convertirá en el último y más salvador acontecimiento de su vida.

Ridículo ser madre sin ser una mujer libre, madre de una niña programada para obedecer primero a su padre, mujer de un marido al que debe obedecer cueste lo que cueste, esposa de un marido que no la reconoce del todo como mujer, mujer de un marido para el que sigue siendo y siempre será una niña.



En el barrio del metro Couronnes falta la gran higuera de su infancia, donde cuando podía iba a descargar el peso de su soledad de niña huérfana. A recuperar la esperanza rodeando con sus brazos la corteza rugosa del tronco plantado en el suelo, tan profundo como la historia de su familia, cuyas raíces se pierden.

32

Cuando el velo negro cayó sobre su cabeza, al marido le parecía tan adecuado que ella no dijo nada.

No exhibimos el pito en público, ¿verdad?

Pues tampoco nadie volvería a ver el rostro de la mujer con la que acababa de casarse.

33

La pizarra no dice lo que pasará después.

La última línea escrita está abajo a la derecha.

Signos garabateados.

Cosas que se escriben en un rostro negro de verdad.

La pizarra tiene algo de mágico, piensa la mujer, que ese día se atreve a entrar en la clase a buscar a su hija.

34

—Qué bien que haya venido.

La joven mujer asiente.

La maestra observa tranquilamente su rostro descubierto mientras la joven mujer hace lo mismo con el de la maestra, disimuladamente.

Lo que se dice en las miradas que se cruzan y en el intervalo de silencio

viene a completar todo lo que la pizarra dejaba entrever.

Cuando la escritura cubre de signos el rostro negro de la pizarra es más o menos como cuando el rostro de la joven mujer se ilumina con una mirada abierta al mundo al descubrir el horizonte detrás de la oscuridad de su velo.

35

En su país de origen siempre se regatea antes de comprar. Nada tiene un valor definitivo. Nada vale tanto, siempre y para siempre. Una sonrisa, una manera de decir las cosas puede hacer oscilar el precio *depende depende*, en su país todo el mundo compra el argumento de que nada se compra por el precio de las cosas y de que todo dependerá de cosas no definidas de las que dependemos necesariamente y que determinan el precio real de las cosas...

Por eso ir a Chez Héloïse y preguntar el precio de ese vestido rojo supone para la joven mujer una iniciativa delicada. Aparte del hecho de probárselo. Aparte del hecho de tomar después la decisión de comprarlo. Aparte del hecho de que la idea de comprar un vestido es algo totalmente distinto de comprarlo, y todo ello sin poder regatear, y por lo tanto sin que nada oscile *depende depende* en la tradición del que vende y del que disfruta comprando.

Cuando la escritura cubre de signos el rostro negro de la pizarra es más o menos como cuando el rostro de la joven mujer se ilumina con una mirada abierta al mundo al descubrir el horizonte detrás de la oscuridad de su velo.

El placer de poder comprar ese vestido diabólico es al menos tan intenso como el escrúpulo de tener que pagar al contado, con gesto frío y mecánico, un vestido que sabe perfectamente que en realidad cubre un deseo último que en sí mismo no tiene precio.

36

—Así que ha vuelto...

La penumbra de la tienda permite que a la joven mujer no le cueste entrar. En el umbral se ha quitado el velo que la aprisiona. Porque es un umbral...

Las zonas de sombra son orillas conocidas para la joven mujer, que esta mañana ha decidido cruzarlas sola.

Dirige la mirada a la señora de los labios pintados de color violeta, que esta mañana ha decidido ponerse un color chocolate, perfectamente a juego con sus uñas pintadas. La feminidad tiene mucho que ver con los dulces, se dice la joven mujer como fascinada.

No sabe demasiado de «esas cosas».

En su país las niñas solo piensan en complacer a las nubes, tienen primos y hermanos pero los demás niños no tienen nombre, las niñas crecen viéndolos sin verlos, separan enseguida los dos mundos para evitar historias que están fuera de lugar, lo que hace que las niñas sean exactamente como la luna, que se dedica a esconderse detrás de una nube.

Crece aprendiendo a existir sin mostrarse, aunque saben que un ligero contoneo basta, un trazo de kohl bien dibujado, una mirada bien calculada, unos andares un poco lánguidos son la base de su breviario de magia, así que pueden jugar con las nubes hasta que llegue la noche.

La que ha seducido se casa enseguida. Y la que se casa y se convierte en madre deja de desear todo aquello que pueda alterar el curso sin nubes de su vida.

37

La joven mujer duda antes de decir que quiere ver el vestido.

Verlo en ella. Probárselo.

—Venga —dice la vendedora, que evita hablar demasiado.

El probador es pequeño, con un enorme espejo delante, del que la mujer sabe que su mirada no puede escapar.

Cuando la tela del vestido se desliza sobre su cuerpo, el espejo le devuelve la mirada de una mujer que no termina de entender dónde empieza y dónde acaba la imagen de esa otra. Pero sobre su piel hay una nueva piel, incomparablemente más suave y tornasolada que la antigua.

38

—El vestido no es caro...

—No es por el precio —contesta la joven mujer a una pregunta que no le han hecho.

—Le queda bien, ya lo ve...

¿Lo ve la joven mujer?

—No —mueve la cabeza con una expresión cansada que podría decir tanto lo veo como no lo veo.

—¿Qué quiere hacer? —dice entonces la señora de las uñas pintadas lanzando su chicle al cenicero con indiferencia.

¿Qué debo hacer?, se repite la joven mujer esa tarde hundiendo sus ojos negros en la mirada petrificada de su propio reflejo.

39

Dos horas ya que va de un lado a otro de la cocina, de apenas unos metros cuadrados, pero está tan enfadada que sus manos logran empujar las paredes.

Es un vestido, solo es un vestido, ¿no?, se repite una y otra vez como para convencerse.

Entretanto la niña tiene un sueño extraño, sueña con una mujer que parece su madre y que se acerca a ella, pero a la que no reconoce.

40

—No entiendo lo que ha pasado.



Cuando la tela del vestido se desliza sobre su cuerpo, el espejo le devuelve la mirada de una mujer que no termina de entender dónde empieza y dónde acaba la imagen de esa otra. Pero sobre su piel hay una nueva piel, incomparablemente más suave y tornasolada que la antigua.

Es lo que dice la maestra. Lo que traduce la señora de la AFAVO. Lo que la joven mujer oye cuando entra en la clase vacía.

¿Qué debería explicarle?

La joven mujer adivina.

Antes no había nada detrás del horizonte.

Ahora hay algo.

No sabe la forma ni el color de ese «algo».

Solo sabe que debería llegar.

Esa noche duerme junto a su hija en un hospital totalmente blanco en el que los médicos dicen que la niña no quiere volver a hablar.

Tampoco la he visto nunca reírse, añade la joven mujer juntando de repente las manos.

41

Llega la noche. Enseguida.

El mundo entero zumba con millones de vidas ensordecidas por los quejidos de sus propias existencias y cuyos quejidos son a su vez ensordecidos por el peso de la nada.

La joven mujer forcejea sintiendo el peso del cuerpo del hombre.

Habla en voz baja. Sorda.

—Eres mi mujer —dice.

—Puede ser —dice la joven mujer—, pero no lo recuerdo.

Luego tampoco recuerda nada más.

Llega el día, que despeja salvajemente el cielo. En frío.

La joven mujer sigue sangrando un poco.
El despertar.
La habitación está vacía.
Su marido se ha marchado.
Está sola con esa mancha rojo sangre que ilumina extrañamente el blanco de la almohada.

42

—¿Aún lo quiere?
—No... venir ver vestido —contesta como puede la joven mujer.
—Ya lo vio, hasta se lo probó, ¿lo recuerda?
La señora de los dedos pintados de chocolate se acerca al umbral de la tienda, en el que la mujer se ha quedado inmóvil y la mira, circunspecta.
—Ver otra vez, por favor...



El despertar.

La habitación está vacía.

Su marido se ha marchado.

Está sola con esa mancha rojo sangre que ilumina extrañamente el blanco de
la almohada.

La joven mujer dice estas palabras despacio, una detrás de la otra. Se ha quitado el velo negro en el umbral. Lo único negro que queda son sus ojos, que llevan el luto de algo oscuro que nadie, ni siquiera ella, puede definir exactamente en su rostro un poco tumefacto.

La señora de las uñas pintadas de chocolate finge no verlo. Por decoro. Pudor. Corre a buscar el vestido rojo, que extiende haciendo crujir la tela. Una tela tan delicada...

La joven mujer ve rojo. Luego se desvanece.
Y todo vuelve a ser negro.

43

Todo negro.

Pero las paredes siguen siendo blancas.

La joven mujer también recuerda perfectamente el rojo vivo del vestido que ha hecho que se tambalee pero no dice ninguna de estas dos palabras: vestido y rojo.

Solo repite que está bien.

Varias veces.

Como el estribillo de una muñeca mecánica.

—¿Está segura? —pregunta, inquieta, la señora de la tienda.



La señora de las uñas pintadas de chocolate finge no verlo. Por decoro.
Pudor. Corre a buscar el vestido rojo, que extiende haciendo crujir la tela.
Una tela tan delicada...

La joven mujer ve rojo. Luego se desvanece.

Y todo vuelve a ser negro.

No. Pero ha aprendido a decir que todo va bien. Que nada es grave. Ha visto lo que quería ver.

Promete que un día volverá para llevarse el vestido. Eso es todo.

—Cuando quiera —contesta la señora ayudándola a levantarse con gestos muy amables.

44

La sopa está fría cuando el marido vuelve. Porque desde hace varios días no vuelve a la hora que dice sino mucho más tarde.

Cada día más tarde.

El rostro de la mujer se calla incluso antes de que el marido haya dicho nada. Y es como si el silencio que precede a toda palabra impidiera ahora que surgiera cualquier otra.

Así que se callan los dos.

En su camita blanca de hospital la niña vuelve a soñar esa noche con el cine: un velo negro que cae sobre una pantalla blanca, piensa.

Pero es una película muda.

En la que lamentablemente han cortado el título, y en la que los rostros devoran en silencio todas las sombras.

45

¿Qué pasaría si me comprara el vestido?, se dice la joven mujer.

Todas las demás mujeres llevan en casa sujetadores de encaje, camisones de seda, tangas minúsculos... Todas las demás, es decir, incluso las que se visten de negro por la calle.

En mi casa puedo hacerlo, soy libre. Pero de qué sirve, se lamenta, si no puedo apelar a mi libertad delante de nadie...

¿De qué sirve ser libre en la cárcel?

46

El horizonte se come, picotea los ojos pesados de la niña y amenaza con convertir todo rostro en sombra.

El hospital en el que dormirá esta noche es un refugio tranquilizador.

Su madre.

Su padre.

Están los dos de pie, inmóviles, frente a la cama.

Por la ventana abierta del hospital, que da a la calle, se escapan gritos, risas y varias palabras inaudibles.

La vida está fuera.

Para estar en la vida hay que poder eliminar la frontera invisible pero infranqueable que separa monstruosamente el interior del exterior.

47

Al volver, sola, la joven mujer ve a un desconocido en el edificio.

Ella, acostumbrada desde hace mucho tiempo a no ver nada ni a nadie, diferencia instintivamente las sombras conocidas de las que vienen de otro sitio.

El hombre se detiene justo delante de su puerta, al otro lado del rellano.

Deja un libro en el felpudo y se marcha. Corriendo.

Los ojos de la joven mujer no lo entienden.

¿Qué puede temerse cuando se tiene la suerte de poder atravesar la vida con los ojos en un rostro totalmente abierto al mundo?

48

—Enséñamelo, mamá.

La niña levanta los brazos hacia la joven mujer, que entra en la habitación del hospital con un ramo de rosas.

Lo deja con cuidado al lado de la cama para que ilumine el pálido rostro de la niña. Para proporcionar una sonrisa a la habitación desnuda, donde los silencios trazan los contornos de una frágil catedral.

Pero la frase ha agujereado el cielo. Como una mirada perfora la arquitectura de la nada.

La joven mujer junta las manos.

A su lado las rosas huelen a deseo, son del color del deseo. Son rojas.

Son rosas rojas.

Todo el rostro de la niña sonrío mientras recoge la oración que levanta el vuelo desde las palmas juntas de su madre.

49

El libro lleva ya dos días en el felpudo del vecino. El asunto se impone, colma los ojos sorprendidos de la joven mujer.

No sabe leer pero le fascina el hecho de que alguien pueda venir a dejar un libro así.



La vida está fuera.

Para estar en la vida hay que poder eliminar la frontera invisible pero infranqueable que separa monstruosamente el interior del exterior.

Por la noche se decide de repente.

Su marido está dormido.

Avanza sigilosamente por el pasillo.

Se lo introduce a toda prisa entre los pliegues informes de la ropa, como una ladrona, a escondidas, diciéndose que nadie podrá asegurar que la ha visto.

50

Han pasado cuatro semanas. Las rebajas acabarán pronto. Y el vestido rojo sigue en el escaparate.

Cuatro semanas en las que el horizonte inmóvil ha empezado a desplazarse, lentamente, en ella.

La línea recta e invisible de sus certezas en realidad oscila cada vez que sus pasos la arrastran de dentro a fuera, aunque nunca sale de su propia sombra.

51

El libro no iba dirigido a ella, pero en ella todo dice lo contrario.

Nadie abrió la puerta para recogerlo.

Así que el libro pertenece automáticamente a la persona que lo ha deseado.

Es lo que se dice la joven mujer mientras lo esconde dentro de una cazuela, donde sabe que su marido jamás se lo encontrará.

52

Esa noche él decide que ella será suya.

Desde que discutieron nada es como antes, aunque los gestos de ambos aparentemente siguen siendo los mismos.

Él sigue comiendo con la misma glotonería por las noches, delante de la tele.

Él acaba olvidando la presencia de ella, como siempre, hasta que ver la cama despierta de repente sus ardores de macho.

Ella deja que sus propios gestos se resignen a repetir la interminable parodia del matrimonio. Alisándose el pelo embadurnado y perfumado para que se quede bonito y luminoso antes de reunirse con él.

Al menos es la imagen que retiene el espejo, que capta en su superficie.

Y que le devuelve.

Nítida y plana.



El libro lleva ya dos días en el felpudo del vecino. El asunto se impone,
colma los ojos sorprendidos de la joven mujer.

No sabe leer pero le fascina el hecho de que alguien pueda venir a dejar un
libro así.

—¿Por qué venir a verme? —pregunta en voz baja la maestra para que la madre de su alumna la entienda.

—Yo encontrar libro —contesta la joven mujer clavando la mirada en la pizarra, donde ya lo han borrado todo cuidadosamente.

La joven mujer saca el libro de debajo del velo negro que la cubre, donde lo había escondido.

Se lo tiende a la maestra, que lee en tono inexpresivo: *¿Qué es Ilustración?*, de Immanuel Kant.

—¿Por qué a mí? —repite, boquiabierta, la maestra, que no entiende qué significa todo eso.

La joven mujer se limita a fruncir el ceño señalando la cubierta.

—¿Kant? ¿Quién es Kant?

—Si quiere, vuelva mañana, llamaré a la mujer de la AFAVO —dice la maestra con mirada sorprendida, devolviéndole su valioso tesoro.

Duro y gutural.

Kant.

Repite una y otra vez ese extraño nombre en el camino de vuelta.

Podría dar la sensación de que los sonidos rebotan también en su lengua, corroen y maltratan la tan maleable materia de lo real.

Nada es dulce, redondo o envolvente.

Es preciso el sabor azucarado de la comida para encontrar el dulzor en su país de origen.

El perfume de los olores, los espacios vírgenes de la naturaleza.
Incluso el sol arde en la tierra, incandescente.
Hasta cegar los ojos, que necesitan otra luz para seguir vivos.

55

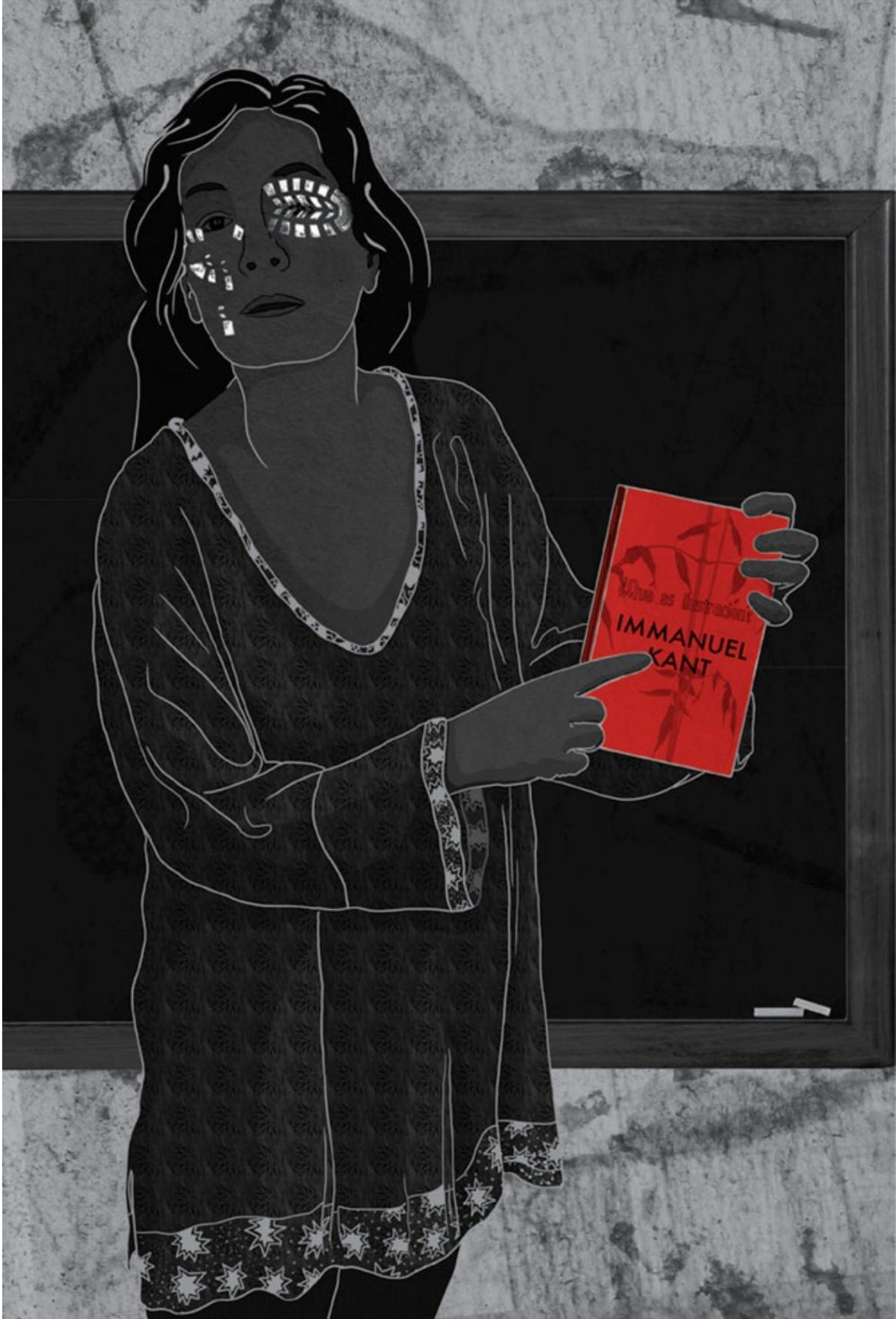
A la mañana siguiente llaman del hospital.

Su marido y ella vuelven a estar ahí.

El médico habla con él detrás de un cristal que hace de pantalla.

Ella no oye nada y la espera es larga. Mira entonces a su hija, sentada a su lado como una niña buena. Le da la impresión de que se ha pasado la vida esperando a alguien que no llegaba, atrapada en una sala de espera como esta.

Las palabras se han estrellado una a una en silencio contra el cristal que hacía de pantalla, y es insoportable para la madre, que no dice nada, y para la niña, que no habla porque otros se toman la molestia de hablar por ella.



La joven mujer se limita a fruncir el ceño señalando la cubierta.

—¿Kant? ¿Quién es Kant?

Son las ocho de la tarde.

Las tres bocas se abren y se cierran a intervalos regulares.

La sopa entra en las gargantas, humeante.

Las miradas observan una tregua, como si el resto del tiempo en realidad cada uno de ellos se sintiera en guerra. Pero las máscaras no caen, no.

El marido empuja su silla y se levanta con la rigidez de un militar dispuesto a volver a la batalla.

La niña se cuela debajo de la mesa para recoger su servilleta como un guerrillero se introduciría en la maleza.

Es exactamente el tiempo que necesita el marido para darles la espalda y volver a su base —el salón— mientras el ruido de los platos en el fregadero atenúa en la joven mujer la palabrería incesante de la tele.

La batalla nunca es cara a cara.

El hombre y la mujer hacen hablar la lengua de sus armas respectivas viviendo como en un campo de batalla atrincherado.

Una guerra sin ruidos que no deja huellas en la aniquilación constante del paso del tiempo.

En la sacudida sorda y continua de los días.

Y de repente las nubes hablan en el cielo.

Es la primera imagen de la mañana.

Poco después la niña sale de casa, tras haberse bebido su tazón de leche.

Es mi primera imagen de la mañana, se dice la joven mujer recogiendo los restos del desayuno de su marido.

58

Luego todo su cuerpo se desanima.

Se deja caer en el sofá del salón, ante el ojo vacío de la tele.

Las dos miradas, muy abiertas, frente a frente.

Así pasa una hora o dos, hasta que el deseo vuelve lentamente a ella.

Ese movimiento vital que la lanza por delante de las cosas, que hace que la ira sea mucho más intensa de lo que puede ser su miedo íntimo a lo desconocido.

59

Frente al horizonte se tranquiliza de repente.

Da vueltas a su rosario, que de pronto se le escapa de las manos.

Kant es un nombre mágico.

No entenderlas y sin embargo creerlas, eso es lo que otorga a las cosas un carácter mágico.

Kant repetido noventa y nueve veces mientras pasa las cuentas del rosario se convierte para la joven mujer en un oscuro dogma de fe que sin embargo supone que tiene que ver con la fuerza de la razón.

60

No volverá a ver a la maestra, que le dijo que pediría a la señora de la AFAVO que fuera a traducir.

No llega.

¿Y qué hacer?

¿Qué hacer con el libro que duerme en su cazuela y con el que mientras cocina sueña con los ojos abiertos de par en par?

61

Abiertos de par en par.

Es la expresión que prefiere de todas las palabras que oye a su alrededor, en el alboroto constante, el ruido, el rumor invariablemente continuo de las cosas que atrapa en sus trayectos por el mundo exterior.

En el ejercicio que la niña debe hacer esa noche las indicaciones dicen claramente que hay que colocar expresiones en los espacios con puntos.

Tiene que elegir entre «de par en par», «vivo o muerto» o «a fuego lento».

Oye a su hija deletreando confusamente las palabras, y ante ella se abre un mundo más grande y tan radical como la muerte.

—Qué difícil —dice la niña algo sorprendida, intentando descifrar las palabras.

—Lee, por favor. Léeme...

La niña la mira, luego abre el libro y empieza balbuceando un poco.

Las palabras, que la madre no entiende, que la niña entiende apenas, tejen poco a poco un espacio de sueño abierto por esa voz frágil.

—Ahora tenemos dos secretos —dice la madre cuando la niña cierra el libro. Y apretándole la mano con fuerza sigue diciendo—: Sabes que quiero leer ese libro y ponerme el vestido rojo que te mostré aquel día.



Kant repetido noventa y nueve veces mientras pasa las cuentas del rosario se convierte para la joven mujer en un oscuro dogma de fe que sin embargo supone que tiene que ver con la fuerza de la razón.

62

El marido volvió borracho y tarde.

Suerte que la niña estaba dormida.

Insultó a gritos a su mujer.

—¡Solo me has dado una hija! ¡Y ahora te niegas a darme un hijo!

Luego la giró, intentó tomarla por la fuerza pero de repente se desplomó, se desplomó de lado como un viejo caballo muerto, y entonces la joven mujer se levantó para alisarse el pelo alborotado y perfumarlo como siempre ha hecho.

63

Sí, ahora mamá y yo tenemos dos secretos, se dice la niña andando pensativa hacia el colegio del barrio.

Su padre ya no la acompaña como antes pero teme que haga que unos ojos que no conoce la vigilen.

Hay ojos por todo el barrio.

Quizá por eso su padre dice que hay que tener cuidado con los males de ojo.

No puede fiarse de nadie.

Sobre todo no debe fiarse de quien se supone que va a ayudarla a convertirse en una gran persona.

De camino cambia de opinión.

No, he contado mal. Hay un tercer secreto, claro. No es un secreto para todo el mundo, pero yo lo vivo así: no puedo mostrar a mi madre a nadie. Me

da la impresión de que las personas que la ven creen que no es nadie, aunque es alguien... Pero los demás dicen: ¿cómo se puede ser alguien sin cara?

64

—Parece la imagen de la muerte —repiten las niñas del colegio que un día la vieron y les dio miedo...

65

Eso es. Soy solo una sombra, piensa la joven mujer esa mañana mientras se viste para ir a hacer la compra. Una imagen-sombra.

66

Este miércoles por la tarde la niña dice a su madre que va a dibujar.

Decide coger todos sus rotuladores de colores.

Todos.

Se sienta a la mesa de la cocina y saca la lengua mientras hace saltar los capuchones uno a uno.

Y lo que aparece son caras.

A veces con formas sorprendentes.

La niña dice que basta con verlas de verdad, mirándolas bien, sin parpadear al menos un minuto, para darse cuenta de que viven en nuestra mirada, dentro, mucho más tiempo.

Y no importa que dentro esté oscuro.

Hay días en que sencillamente los ojos de la joven mujer viajan una y otra vez del horizonte a sí misma, como si entre ambos hubiera un vínculo visible.

El espejo le dice que no.

Está desconectada de todo.

Entera y libre.



Y lo que aparece son caras.

A veces con formas sorprendentes.

La niña dice que basta con verlas de verdad, mirándolas bien, sin parpadear al menos un minuto, para darse cuenta de que viven en nuestra mirada, dentro, mucho más tiempo.

Más allá de los edificios grises y taciturnos que invaden el cuadro de su ventana, ese cuadrado de humanidad encogida en el que se agita la vida, mezquina y poco original, se alejan varias nubes cuyo vagar anticipa un viaje tan lejano como incierto.

68

Ella también viaja, sin viajar.

La imagen de su país de origen retrocede en su mente. Solo queda la sombra benefactora de la higuera, debajo de la cual se desvanecen también las palabras que llegan de los chismorreos de las mujeres o de las palabrerías de los hombres.

Ahora quiere alimentarse de las palabras de dentro.

Leer.

Aprender a leer.

E incluso sin haber aprendido, solo saber lo que contiene ese libro robado del felpudo de un desconocido.

69

La niña lo ha encontrado.

Una cazuela no es un buen escondite para una niña a la que le gusta jugar a imitar lo que hace su madre.

Cocinar, por ejemplo.

Y ahora lo mira, decidida, porque puede, a descifrarlo cuando su madre la

sorprende.

La niña alza los ojos y no reacciona.

El libro pasa de una mano a la otra.

La niña dice concluyente:

—No tenemos diccionario, necesitamos un diccionario para leer este libro...

Al día siguiente, al volver del colegio, saca un bonito Larousse ilustrado.

—La maestra... Me lo ha prestado —fanfarronea muy contenta.

70

Las contraventanas están cerradas aunque es de día, y el salón está sumido en una atmósfera irreal.

Apenas son las seis de la tarde.

El marido tardará en llegar.

—«Es muy cómodo ser menor de edad» —lee de un tirón la niña siguiendo la línea con el dedo.

¿Menor de edad?

La joven mujer reflexiona mientras la niña lee las explicaciones del diccionario. Todas las mujeres de su país, que pasan de la tutela del padre a la del marido, son menores de edad...

—¡Sigue! —pide en voz baja a su hija.

—«*Sapere aude!* ¡Ten coraje para servirte de tu *propio* entendimiento! Tal es la divisa de la Ilustración.»

A la joven mujer le tiembla un poco la voz.

—¡Sigue!

Entonces la niña elige al azar una última frase: «Para esta ilustración solo

se requiere libertad, y, a decir verdad, la más inofensiva de cuantas puedan llevar ese nombre, a saber: la de hacer uso público de la propia razón en todo y para todo».

La joven mujer aplaude. Y se queda sin voz.

71

Cuando el marido vuelve, todo ha desaparecido.

El libro en la cazuela, la niña en su habitación y la joven mujer en su cocina.

Solo se oye una risa pastosa y atronadora. Es el marido, que se ríe solo delante de la tele. Ese juego tonto. «Un programa de telerrealidad», le soltó una noche con gran condescendencia, sin duda molesto por su ignorancia de las cosas de la vida.

Aunque es lo que siempre ha deseado, lo que en el fondo ha querido, mantenerla aislada en la ignorancia de las cosas. Una mujer que no se enterara de nada para que no tuviera nada que decir sobre su comportamiento o su modo de entender la vida. Pero eso no impide que ella tenga su opinión y que el juego le parezca indecente.

Una experiencia con el equivalente a un conejillo de Indias.

Individuos que creen que exhibirse basta para que existan a ojos de los demás, que sobreviven gracias a su instinto manipulador y a su nivel de perversidad.

Piensa en todas las mujeres del mundo y de su país a las que les cuesta tanto vivir una realidad que está lejos, muy lejos, de parecerse a ese juego terrible de vacío y de aburrimiento.

Lo más terrible, piensa, es que pueda fascinar hasta ese punto a millones de personas.

72

Hace falta tiempo. Pero las palabras se abren camino. Se introducen en la carne de la joven mujer. Ahora rozan el límite de su conciencia. Luminosas. Barren los últimos restos de oscuridad. Con los ojos abiertos de par en par, se mira en el espejo vestida de negro. Luego se quita la ropa. Se queda desnuda. Y por primera vez se pregunta cuál puede ser la diferencia entre ella y todas las demás mujeres, que —como ella— tienen dos pechos, dos piernas y dos brazos. Y también un rostro.

¿Qué hay pues que esconder? ¿Por qué en su cultura siempre hay que «esconder» las cosas, cuando habría que hacer cualquier cosa para arrojar luz sobre la realidad de lo que vivimos?

Arrojar luz.

La máxima luz posible...

La joven mujer parpadea lentamente, como si por primera vez el día le abriera los ojos y tras haber estado mucho tiempo ciega recuperara por fin la vista.

73

Un rayo rojo en la oscuridad.

El rojo que ve desde que los colores entraron en sus sueños y expulsaron las sombras informes, innombrables y sin voz, sentadas en piedras muertas

esperando a que las trasladaran al lugar en el que cuerpos helados esperaban noche tras noche a que los enterraran en polvo y ceniza, y el propio sueño agrandaba el hueco hasta abrirlo de par en par, hasta ahogar dentro de él la luz.

Así fue como los colores acabaron surgiendo de la nada.

Al vaciar el vientre de la tierra empezó a brotar la sangre.

Sangre, un poco de sangre caliente y húmeda que sale de ella, que le recuerda sencillamente que su cuerpo sigue vivo.

74

Immanuel Kant escribió ese libro en 1784.

La mujer lo pesa. Lo sopesa. Tiene una báscula en la cocina, y la verdad es que no pesa mucho.



Se queda desnuda. Y por primera vez se pregunta cuál puede ser la diferencia entre ella y todas las demás mujeres, que —como ella— tienen dos pechos, dos piernas y dos brazos. Y también un rostro.

Pero no consigue cuantificar el peso de lo que escribió.

Imposible.

Lo que pesa una vida quizá...

Lo que la atormenta ahora es saber cuántas personas lo han leído.

Cuántas de ellas lo han entendido.

Cuánta gente en el mundo puede oír las palabras de Immanuel Kant hoy en día...

75

Siempre en penumbra. Contraventanas cerradas.

Cada vez que abre el libro en la habitación o en el salón, la joven mujer corre a tapiar la mirada inquisidora de las ventanas, que podría resultarle fatal.

¿Qué es Ilustración?

«Es la salida del hombre de una minoría de edad culpable.»

La joven mujer pone en marcha el mecanismo preguntando y respondiendo en voz alta. Con voz fuerte, nítida y rotunda.

¿Qué es ser menor de edad?

«La falta de decisión y de coraje para servirse de su propio entendimiento sin la guía de otro.»

No es que las palabras le resulten extrañas. Ni la idea que contienen, que comportan, que cincelan, como si la frase entresacada, fragmentada, no pudiera hacer aparecer con suficiente claridad la esencia de la idea. Es el hecho de descubrir de repente —con horror— el camino para darse la oportunidad de ser por fin la única responsable de sí misma.

76

Esta mañana vuelve a Chez Héloïse.

La última vez que fue se desvaneció en el umbral.

Hoy un libro la lleva con la cabeza bien alta. Hacia un solo objetivo.

Fría y determinada.

Animada por la inquebrantable voluntad de hacer lo que ella sola y por sí sola ha decidido.

77

La señora de las uñas pintadas de color chocolate sale del probador justo cuando la mujer entra en la tienda.

Esta vez su encuentro es diferente de los anteriores, porque la joven mujer no solo se ha quitado el velo de la cara, sino que también dice con voz muy clara, aunque su acento sigue siendo muy titubeante:

—Hola. Me llamo Aminata. Vengo por vestido rojo. Comprar.

Y la señora no puede evitar sonreír. Sí, apartó el vestido para ella, esperó durante todas las rebajas y lo cierto era que esperaba que llegaría este día.

78

Extrañamente, el vestido, encima de la cama, es aún más rojo de lo que imaginaba. Pero el escote, el corte ajustado y la fluidez de la tela la encantan.

Un vestido es una forma de idea.

Una visión del mundo.

Un gran deseo de ser.

Una manera de expresar la libertad con el cuerpo. Eso es lo que ese vestido de tela tan diferente del tosco paño grueso que suele cubrirla representa para la joven mujer.

Pero aún debe ponérselo... La libertad no se mete en el armario, se muestra.

La niña, que ha vuelto del colegio sin hacer ruido, lo observa en silencio, a escondidas, desde el resquicio de la puerta del dormitorio. Y presiente el secreto drama que se avecina.

79

Volver a esconder.

La cazuela tiene el vientre redondo. Lleno de secretos. Y decidido a no confesar nada. Protegía un libro de la pregunta incómoda, al que ahora acaba de añadirse un vestido, que resbala en el fondo como un pañuelo de seda.

—Ahora tenemos tres secretos —dice la joven mujer a la niña, que asiste al ritual muy seria.

—Es muy bonito, mamá.

Es lo que la joven mujer oye, o lo que cree oír.

Lo piensa un momento. Para ella solo será bonito el día que tenga el valor de ponérselo.

80

Habría que preguntar a las mujeres de su país qué es el valor, porque sin duda

no es lo mismo para todas las mujeres.

Allí tienen más del necesario para aguantar y callarse, y sus artimañas de mujer hacen el resto, se adaptan a la vida tal y como es.

Las mujeres de aquí piensan que el valor es saber decir no y existir plenamente. Pero al final su libertad asusta porque las mujeres de allí no se sienten legitimadas para tener derecho a ella.

Nunca aprendieron a contar para ellas mismas, suponiendo que eso se aprenda.

Aunque vivan aquí, siguen siendo mujeres de allí.

En realidad el valor no es el mismo.

Pero los sueños sí.

81

Desde ese día la niña inaugura un nuevo juego todos los miércoles.

Le sigue gustando mucho dibujar —sobre todo con colores— pero ahora cree que se le ofrecen otras posibilidades.

Delante de su madre, que la observa divertida, la niña saca el vestido de la cazuela y decide jugar a ser una gran dama.

Eso significa que se pone el vestido —todo un ritual—, que luego se suelta el pelo, que anda descalza sobre tacones imaginarios que de repente la hacen parecer más alta, y esta imagen hace que a su madre se le salten de vez en cuando unas lágrimas que se apresura a secarse para no fastidiar la fiesta.

82

Me habría gustado tanto tener un niño... se dice la joven mujer observándola.

Entiende mejor lo que sienten las mujeres de su país ante el hecho de tener una niña, que también llegará a ser una mujer.

Muchas mujeres saben que solo son vientres alimenticios.

Que una madre solo tiene valor cuando da a luz un varón.

Que la omnipotencia de una madre depende invariablemente del vínculo que mantiene con el varón al que ha engendrado.

Y eso basta para justificar su odio a las hijas, que son la reproducción fiel de su propia inutilidad y que no les permiten prolongar el valor de su propia existencia...

Aunque afortunadamente otras, como ella, consideran que no hay razón, ninguna razón, que justifique que las niñas deban seguir ciegamente el destino de sus sacrificadas madres.



Eso significa que se pone el vestido —todo un ritual—, que luego se suelta el pelo, que anda descalza sobre tacones imaginarios que de repente la hacen parecer más alta, y esta imagen hace que a su madre se le salten de vez en cuando unas lágrimas que se apresura a secarse para no fastidiar la fiesta.

La joven mujer no ha vuelto a traspasar los límites del barrio desde que compró el vestido rojo.

Como si temiera volver a aventurarse más allá del metro Couronnes.

Por miedo a que un deseo aún mayor se apodere cruelmente de ella.

Con el paso de los días Kant se ha convertido en un fiel amigo y no le cuesta imaginarse su cara y su voz, audible en el silencio de las tardes que pasa admirando la serena línea del horizonte.

Es como si la vida hubiera recuperado su tranquilo curso.

Como si nada desbordara de ella.

Marido y mujer se quedan plácidamente dormidos uno al lado del otro. A veces se aferran el uno al otro con la esperanza de tener un niño.

La niña sabe perfectamente que en el fondo todo eso es irreal. Más irreal aún que el cine, del que no sabe gran cosa, porque lo tiene prohibido.

Imágenes, solo son imágenes..., suele repetirse antes de quedarse dormida.

¿Cómo prohibir el cine en un mundo en el que todo no es más que imagen?

Es como si, por así decirlo, a la joven mujer le diera la extraña impresión de haber dado un paso sin que ese paso hubiera movido lo más mínimo el paisaje que la rodea.

Acepta la idea de que necesitará años para aprender a leer pero se niega a hablarlo abiertamente con su marido.

Se imagina perfectamente a su hija con un vestido rojo pero le da miedo la

idea de tener que hacer lo mismo algún día.

Piensa que quizá basta con haber comprado el vestido o haber leído fragmentos de ese extraño libro. Que sin duda le ha cambiado la cabeza. Es lo que seguramente diría su abuela si la viera.

Las cuentas del rosario giran a intervalos regulares en la palma de su mano.

Nadie responde a sus incesantes preguntas.

El horizonte se obstina en alcanzar un infinito que no tiene nombre.

Cuando se esfuma, ella solo puede justificarse ante sí misma por lo que ha hecho.

85

Aude. Sapere aude.

Kant dice la verdad.

Atrévete a saber.

Lo más duro es atreverse... Como si, aplastada por las imágenes del pasado, la costumbre, las tradiciones celosamente perpetuadas por lo que decían las personas de su país que rodeaban a su abuela, todo ello hubiera acabado formando un duro bloque en su mente e impidiera absolutamente que cualquier idea nueva se quedara dentro.

Como si ver a las chicas andando libremente por la calle y afirmándose libremente en su vida amplificara la vergüenza de saberse diferente, la vergüenza de no haber sabido jamás ir más allá para darse su lugar, un auténtico lugar en medio de la existencia de todos los demás.

86

Al día siguiente la señora de la tienda con las uñas pintadas de color chocolate se cruza con ella entre la calle que lleva al colegio y el cruce, pero no la reconoce. ¿Cómo habría podido reconocerla?

La joven mujer siente un nudo en la garganta.

—Hola...

Y como la señora se da la vuelta de repente:

—Soy Aminata... ¿Recordar... el vestido?

—Pero...

La señora adopta una expresión triste. Un segundo de silencio se eterniza hasta que contesta, incapaz de decir más:

—Sí, claro... claro que me acuerdo.

Se apresura a esbozar una débil sonrisa y desaparece por la esquina de la calle.

87

La joven mujer aprieta los dientes y sigue su camino.

Sube la calle como una autómatas, acostumbrada a que a veces la gente se la quede mirando insistentemente cuando pasa.

Vamos. Su abuela solo le decía: vamos. Dando su bendición. Para ayudarla a avanzar. Recordarle que tenía razón por querer avanzar.

En imperativo, vamos. Entre la orden y la exhortación.

Su abuela no pensaba que al casarse encerrarían su cuerpo y su mente en aquel radicalismo sin nombre que las personas de su país que vivían a su

alrededor y respetaban las costumbres jamás, pero jamás, identificaron con la religión.

88

¿Dónde está escrito? ¿Dónde?

La joven mujer da vueltas y más vueltas en su cabeza a la misma pregunta.

Hasta marearse.

Hasta añadir al vacío que la rodea una aguda desesperación.

Su marido ha mentido ya. Varias veces.

Cuando decía que la haría feliz trayéndola aquí.

Cuando dice ahora que trabaja hasta muy tarde.

Cuando dice en tono amargo que la sacó de su agujero y que sin él ella no sería nadie.

Miente cuando cree que prohibir a su hija ir al cine con el colegio puede excusarlo de ver lo que él se permite ver en la tele.

La joven mujer necesita comprobar dónde está escrito que debe llevar esa ropa de luto que la oprime, que le impide unirse al mundo de los vivos.

89

Esta mañana, procurando que nadie la vea, la mujer deja delicadamente el libro de Kant en el felpudo del vecino.

Ahora ya no lo necesita. Ya ha cumplido su función.

Le ha dado la fuerza para hacerse otras preguntas y el valor para querer contestarlas.

En ese mismo momento se abre la puerta. Aparece el rostro de un hombre con el pelo alborotado.

La joven mujer está a punto de desmayarse pero se limita a ruborizarse intensamente al cruzarse con la mirada sorprendida del hombre, que la mira de arriba abajo.

—¿Quién es usted? —le pregunta.

Y sin esperar respuesta cierra de un portazo.

90

La joven mujer sigue aturdida.

Pequeños acontecimientos como este suelen bastar para que se pase el día preocupada.

Así, dando vueltas a esa nimiedad, espera a que su hija salga del colegio.

De camino decide pararse un momento en la plaza.

Es un parque sin higuera, pero que le gusta como un recuerdo de infancia.

Una pareja de enamorados se besuquea en el banco de al lado.

La imagen la incomoda un poco.

De repente siente el deseo de ir a verlos, de pedirles «que vayan a hacerlo a otro sitio». Como si fueran culpables de un delito. Pero acaba cambiando de opinión. Incluso, sin darse cuenta, los observa diciéndose que perfectamente podría ser esa chica.

91

El vecino tiene una cara sorprendente.

La joven mujer cuenta a su hija lo que ha visto esta mañana.

—Dibújamela —le pide cuando ambas vuelven a casa.

La niña va a buscar sus rotuladores de colores y se pone manos a la obra porque nada le gusta más que dibujar caras. Incluso saca la lengua mientras dibuja, porque quiere hacerlo bien.

Como no sabe cómo es, su madre se lo describe.

En una fracción de segundo, la joven mujer ha visto.

Ha visto todo de la mirada a la vez cerrada, tímida y profunda de ese hombre que ha preferido cerrarle la puerta en las narices.

—Mañana dejaré el dibujo en su felpudo. ¡A ver qué le parece! —dice riéndose.

Pero en el fondo se desespera por haberle devuelto el tesoro que durante tanto tiempo había intentado guardarse solo para ella.

92

Profunda.

¿Cómo puede la joven mujer definir en tan poco tiempo la profundidad de esa mirada de hombre? Quizá porque a fuerza de quemar la suya en la incertidumbre del horizonte ha aprendido a reconocer en él el tiempo que pasa. Lo que hace que reconozca también por instinto, en el horizonte de una breve mirada, si el camino ha sido largo o no.

De su puerta a la de su vecino, el camino la obliga a contar el equivalente a diez pasos.

93

Por la mañana, mientras su marido y la niña desayunan, la mujer está pensativa.

Al marcharse, el marido le pregunta susurrándole al oído si se trata de un bebé o no porque no está dispuesto a dejarlo correr. Como los dos hacen su labor de esposos adecuadamente, el maldito niño tendrá que llegar de una vez.

La última mirada que le lanza es un poco amenazante. Antes se repudiaba en estas circunstancias.

Si la joven mujer prestara oídos en el mercado, oiría la lista de los que alegremente han tomado una segunda esposa.

Aunque este país lo prohíbe, las leyes de este país no admiten la poligamia, en su comunidad ningún hombre entiende por qué debería dejar de lado sus costumbres si le satisfacen.

94

Diez.

La mujer ha contado diez pasos dirigiéndose a la puerta del vecino.

Vestida por primera vez con su vestido rojo, avanza descalza, como un gato.

Aunque, pensándolo bien, el dibujo parece un poco ridículo en el felpudo.

Intenta meterlo por debajo de la puerta cuando la puerta se abre de golpe y arruga lentamente el dibujo bajo los goznes.

95

—¿Qué quiere? —pregunta la voz profunda del hombre del pelo alborotado.

Profunda, como lo era su mirada.

La joven mujer se queda atrapada en ese instante de verdad.

Retrocede instintivamente.

Luego empieza a temblar. Luego intenta decir algo.

Pero su boca se abre en un perfecto silencio que hace que la mirada amenazante del hombre entre en ella.

Cuando abre los ojos, está tumbada en una habitación que huele a jazmín.

Algo se mueve a su alrededor. Es el hombre, que le ofrece un vaso de agua diciéndole esta vez en voz muy baja:

—Roger. Me llamo Roger. ¿Y usted?

96

La joven mujer bebe. A sorbitos. Después de haber dicho solo «gracias».

El vestido rojo sobre su cuerpo le parece un charco de sangre.

Por más que ahuyente el color de sus manos asustadas, el rojo persiste. Y la tela, que se sube, deja a la vista sus bonitas piernas morenas con reflejos de miel.

El hombre aparta la mirada.

Púdicamente.

La joven mujer se levanta y se dirige inmediatamente hacia la puerta, descalza.

A su casa.

Ha vuelto en sí.

Habría podido violarme, se dice. Ha tenido miedo. Un poco... Porque le dan miedo los hombres a los que no conoce.

Su deseo, del que nada sabe.

Ese hombre es el primero al que ve tan cerca aparte de su marido y de repente siente como en un destello que el hombre es muy diferente de ese marido en el que el valor de la mirada, de las palabras y de los silencios siempre se le escapan.



Vestida por primera vez con su vestido rojo, avanza descalza, como un gato.

Aunque, pensándolo bien, el dibujo parece un poco ridículo en el felpudo.

Intenta meterlo por debajo de la puerta cuando la puerta se abre de golpe y arruga lentamente el dibujo bajo los goznes.

Lo que la desconcierta es que la haya dejado marcharse así, como si supiera que no tardaría en volver.

La joven mujer intenta quitarse el vestido lo más rápido posible, como si la quemara un fuego invisible.

En la tela roja ve.

La mirada profunda, intensa, del hombre se ha posado en ella.

98

Ese día, como todos los miércoles, la niña se cuele en la cocina y recupera su trofeo de la cazuela.

Como siempre, se prepara para jugar a la gran dama.

La madre, que se ha quedado en la habitación, está limpiando toda la casa desde por la mañana —recogiendo, lavando ropa, aderezando lo que ha cocinado ese día—, pensativa. Con la cabeza en otra parte. El cuerpo también. Ya nada de la joven mujer está exactamente donde cabría imaginar que está ella.

El horizonte ha pasado por detrás de la puerta del rellano.

A diez pasos de ella el recuerdo de la mirada de un hombre todavía hace que se tambalee.

Por eso, cuando al llegar al salón ve a su hija bailando con el vestido rojo, de repente se pone a gritar.

En sus ojos ha brillado una luz que la niña jamás había visto alzarse en el horizonte de su mirada de madre.

99

Ahora la mujer se ha tranquilizado.

Las manos de la niña bailan en las suyas.

Ninguna de las dos entiende lo que ha pasado.

Pero lo que sí saben es que les gustaría quedarse mucho rato cogidas de las manos.

Como si la madre y la hija tuvieran una vida entera de secretos que compartir.

100

Entonces ¿nunca se pondrá el vestido?

La joven mujer se niega a bajar a hacer la compra con la ropa de tergal negra que sin embargo se ha puesto.

Está ahí, postrada ante la triste imagen del vestido rojo, que cuelga de una percha en su armario.

Haciéndose esta terrible pregunta, que espera que la conviertan —muy deprisa— en decisión cuando llaman a la puerta.

Va como en trance.

Abre.

Reconoce al hombre, que se presenta con torpeza y le pregunta si es Aminata.

La mujer asiente ligeramente incómoda.

—Sí... Sí, soy yo —balbucea confusa.

El hombre sonrío. Saca un paquete de una bolsa.

—Tenga —le dice.

La puerta se cierra y la mujer empieza a temblar.

Rasga salvajemente el papel y suspira al ver de qué se trata.

—¿Por qué me ha traído esto?

101

Encima de la mesa de la cocina.

El libro está ante ella.

En la mesa.

Aún no lo ha abierto pero todo el mundo, aun sin abrirlo, lo reconoce: el Libro Sagrado.

Todos los libros son pozos de conocimientos, universos por descubrir.

Para la joven mujer todos los libros poseen de alguna manera un carácter sagrado.

A tener fe en la razón, eso ha aprendido del libro de su amigo Immanuel Kant.

102

Él sabe, por supuesto. ¿Verdad que sabe?

Pero ¿cómo lo hace? ¿Quién es para responder así a sus preguntas?

103

«¿Qué es *Ilustración*? Léalo. Lo verá más claro. Verá que en el Libro Sagrado no hay ningún precepto que diga que la reducirán a cenizas en el Juicio Final si no lleva esa ropa. Ningún precepto religioso se apoya en un

simple trozo de tela. Ningún precepto del libro indica que será usted maldita.»

La niña termina de descifrar la nota que ha escrito el vecino del rellano.

El hombre de ojos profundos.

De pelo alborotado.

De mirada alborotada y pensamiento libre.

La joven mujer se pregunta qué relación tiene este hombre tan sorprendente con los libros que le da o que decide darle, pero ya no le queda la menor duda de que sabe.

—Léeme. Vuelve a leerme... —pide la joven mujer tremendamente alterada.

La niña lo hace.

Hay frases como esta que tienen un sabor especial en la boca. Como caramelos ácidos con un maravilloso sabor a primavera y a audacia.

—¿Y entonces? —pregunta la niña, que intenta entender a qué viene todo eso.

La joven mujer saca el vestido rojo del armario.

Se cepilla el pelo.

Alisa con cuidado las arrugas de su vestido, se lo pone y se enfrenta sin miedo a su imagen en el espejo.

—Entonces nada —dice tras un largo silencio—. Mañana me lo pondré para llevarte al colegio.



La joven mujer saca el vestido rojo del armario.

Se cepilla el pelo.

Alisa con cuidado las arrugas de su vestido, se lo pone y se enfrenta sin miedo a su imagen en el espejo.

—Entonces nada —dice tras un largo silencio—. Mañana me lo pondré para llevarte al colegio.

¿Qué es Ilustración?

«Ilustración es la salida del hombre de una minoría de edad culpable.» Esta minoría de edad es la incapacidad para servirse de su entendimiento sin la guía de otro. Y esta minoría de edad es culpable porque su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de decisión y de coraje para servirse de su propio entendimiento sin la guía de otro. *Sapere aude!* ¡Ten coraje para servirte de tu propio entendimiento! Tal es la divisa de la Ilustración.

La pereza y la cobardía son las causas de que tantos hombres prefieran seguir siendo menores de edad durante toda su vida aun después de que haga ya tiempo que la naturaleza los haya liberado de la conducción ajena (los haya hecho *naturaliter maiorennes*); y de que a otros les resulte tan fácil erigirse en tutores suyos. Es muy cómodo ser menor de edad. Si tengo un libro que supla mi entendimiento, alguien que vele por mi alma y dirija mi conciencia moral, un médico que me prescriba la dieta, etcétera, no tengo que preocuparme de nada más. No me hace falta pensar, siempre que pueda pagar; otros asumirán por mí tan fastidiosa tarea. El que la inmensa mayoría de los seres humanos (incluyendo a todo el bello sexo) considere que el paso hacia la mayoría de edad es, además de molesto, muy peligroso, es algo por lo cual velan aquellos tutores que tan amablemente han asumido la tarea de vigilarlos. Tras entontecer primero a su grey e impedir cuidadosamente que esas mansas criaturas se atrevan a dar un solo paso fuera de los andadores donde han sido confinadas, les muestran después el peligro que les acecha si tratan de caminar solas. Pero ese peligro no es tan enorme, pues tras unas cuantas caídas finalmente aprenderían a caminar; pero el ejemplo de una sola caída basta para intimidarlas y disuadirlas de otros intentos.

Así pues, a cualquier individuo le resulta difícil salir de una minoría de edad que casi se ha convertido en algo natural en él. Incluso le ha tomado afición, y es realmente incapaz de servirse de su propio entendimiento, pues nunca se le ha permitido intentarlo. Los preceptos y las fórmulas, esos instrumentos mecánicos para un uso, o más bien abuso, racional de sus dotes naturales, son los grilletes de una permanente minoría de edad. Pero, quien lograra deshacerse de ellos, daría un salto inseguro para salvar la más pequeña zanja,

por no estar habituado a semejante libertad de movimientos. De ahí que sean muy pocos quienes, gracias al cultivo de su espíritu, hayan logrado despedirse de la minoría de edad y, no obstante, caminar con paso seguro.

Sin embargo, hay posibilidades de que un público se ilustre a sí mismo; y hasta es algo casi inevitable si se le da libertad. Pues siempre habrá algunos que piensan por sí mismos, incluso entre los erigidos en tutores de grandes multitudes, quienes, tras haberse sacudido el yugo de la minoría de edad, difundirán a su alrededor el espíritu de una estimación racional del valor en sí y de la vocación, latente en cada hombre, de pensar por sí mismo. Pero aquí se da una circunstancia especial: el público al que antes habían sometido a ese yugo, los obliga luego a permanecer bajo él cuando son incitados a ello por algunos de sus tutores incapaces de toda ilustración; así de perjudicial es inculcar prejuicios, pues estos acaban vengándose de quienes fueron sus precursores o sus creadores. De ahí que un público solo lentamente pueda ilustrarse. Una revolución podrá terminar con un despotismo personal y una opresión causada por la codicia o la ambición, pero nunca logrará establecer una auténtica reforma de la manera de pensar, pues los nuevos prejuicios servirán, como los antiguos, de riendas para conducir a esa gran muchedumbre sin pensamiento propio.

Para esta ilustración solo se requiere libertad, y, a decir verdad, la más inofensiva de cuantas puedan llevar ese nombre, a saber: la de hacer uso público de la propia razón en todo y para todo. Pero actualmente oigo clamar por doquier: ¡no razones! El oficial ordena: «¡No razones y haz la instrucción!» El asesor financiero: «¡No razones, paga!». El clérigo: « ¡No razones, ten fe!». (Solo un único señor en el mundo dice: ¡Razonad cuanto queráis y sobre todo lo que gustéis, pero obedeced!) En todas partes encontramos limitación de la libertad. Pero ¿qué limitación se opone a la Ilustración, y que otra no solo no se le opone, sino que además la promueve? A esto respondo: el uso público de la propia razón ha de ser siempre libre, y solo él puede hacer efectiva la ilustración entre los hombres; pero el uso privado de la razón puede a menudo estar muy restringido sin que ello obstaculice en exceso el progreso de la ilustración. Por uso público de la propia razón entiendo aquel que cualquier persona docta puede hacer ante un público universal de lectores. Llamo uso privado al que alguien pueda hacer de su propia razón en el desempeño de una determinada función civil que se le haya confiado. En algunos asuntos tratados en interés de la comunidad se hace necesario un cierto automatismo, que hace que ciertos miembros de la comunidad tengan que comportarse pasivamente para ser orientados por el gobierno, mediante una unanimidad artificial, hacia fines públicos o, al menos, para que no perturben la consecución de tales fines. Desde luego, aquí no se permite razonar, porque hay que obedecer. Sin embargo, en la medida en que a esta parte de la maquinaria se la considere como miembro de una comunidad mayor, y hasta de la sociedad cosmopolita de

los hombres, y, por lo tanto, como un maestro que se dirige con sensatez a un público por escrito, entonces puede razonar sin que por ello padezcan los asuntos en los que, en parte, le corresponde la consideración de miembro pasivo. Ciertamente, resultaría muy perturbador que un oficial, a quien sus superiores le hayan ordenado algo, se pusiera a argumentar estando de servicio sobre la conveniencia o la utilidad de tal orden; tiene que obedecer. Pero, en justicia, no se le puede prohibir que, como entendido, haga observaciones sobre los defectos del servicio militar y las someta al juicio de su público. El ciudadano no puede negarse a pagar los tributos que le hayan correspondido; y hasta una indiscreta crítica de tales tributos en el momento de satisfacerlos podría ser penalizada por escandalosa (pues podría originar una resistencia generalizada). Pero no actuará contra el deber de un ciudadano si, siendo un entendido en esta materia, manifiesta públicamente sus ideas sobre la inconveniencia o la injusticia de tales gravámenes. Del mismo modo, un clérigo está obligado a hablar a sus catecúmenos y feligreses con arreglo al credo de la Iglesia a la que sirve, pues fue aceptado en ella con esa condición. Pero, como persona instruida, tiene plena libertad, y hasta la vocación de transmitir al público todas sus ideas cuidadosamente pensadas y bienintencionadas sobre las deficiencias que encuentra en aquel credo, así como sus propuestas para mejorar la implantación de la religión y la comunidad eclesiástica. En esto tampoco hay nada que pueda pesar sobre su conciencia. Pues lo que enseña en función de su puesto como encargado de los asuntos de la Iglesia, lo presenta como algo con respecto a lo cual no tiene libre potestad para enseñarlo según su buen parecer, sino que ha sido colocado en su puesto para exponerlo según lo prescrito y en nombre de otro. Dirá: nuestra Iglesia enseña esto o aquello; tales son los argumentos de que se sirve. Luego deducirá todos los beneficios prácticos que traerán a su parroquia unos dogmas que él mismo no suscribiría con plena convicción, pero a cuya exposición puede comprometerse porque no es del todo imposible que la verdad yazca escondida en ellos, o que, por lo menos, no haya en cualquier caso nada contradictorio con la religión íntima. Pues si creyese encontrar esto último en dichos dogmas, no podría desempeñar su cargo en conciencia; tendría que renunciar. Por consiguiente, el uso que de su razón haga un predicador en ejercicio ante su comunidad es meramente un uso privado; porque, por muy grande que esta sea, siempre consistirá en un ejercicio doméstico, y, a este respecto no es, como sacerdote, libre, ni tampoco le cabe serlo, por estar cumpliendo un mandato ajeno. En cambio, como alguien docto que se dirige mediante sus escritos al público en general, es decir, al mundo, dicho sacerdote disfruta en el uso público de su razón de una libertad ilimitada para servirse de su propia razón y hablar en nombre de su propia persona. Que los tutores del pueblo (en asuntos espirituales) tengan que ser, a su vez, pupilos es un absurdo que aboca a la perpetuación de toda clase de absurdos.

Ahora bien, ¿acaso una sociedad de clérigos, algo así como una asociación eclesiástica o una reverenda *classis* (como se suele denominar entre los holandeses), no tendría que estar autorizada a comprometerse por juramento a guardar un determinado credo inmutable, para de ese modo ejercer una suprema e incesante tutela sobre cada uno de sus miembros y, a través de ellos, sobre el pueblo a fin de eternizarla? Yo digo que tal cosa es completamente imposible. Un convenio semejante, que supondría descartar para siempre cualquier ulterior ilustración del género humano, sería absolutamente nulo y sin efecto; y lo seguiría siendo, aunque fuese ratificado por el poder supremo, la dieta imperial y los más solemnes tratados de paz. Una época no puede aliarse y conjurarse para dejar a la siguiente en un estado tal que le sea imposible ampliar sus conocimientos (sobre todo los más apremiantes), rectificar sus errores y, en general, seguir avanzando en su ilustración. Tal cosa constituiría un crimen contra la naturaleza humana, cuyo destino primordial consiste justamente en ese progreso; y la posteridad estaría por lo tanto perfectamente legitimada para repudiar esos acuerdos adoptados de un modo tan abusivo como ultrajante. La piedra de toque de todo cuanto puede acordarse como ley para un pueblo es esta pregunta: ¿Acaso un pueblo podría imponerse a sí mismo semejante ley? Esta ley sería posible por breve tiempo, en espera de algo mejor, con el fin de procurar cierto orden, pero dando al mismo tiempo a todos los ciudadanos doctos, y especialmente a los clérigos, en calidad de maestros, libertad para expresar públicamente, o sea, por escrito, sus observaciones sobre los defectos de la actual ordenación; mientras tanto, el orden establecido perdurará hasta que la aclaración del estado de tales cuestiones se haya extendido y acreditado públicamente tanto como para lograr, mediante la unión de sus voces (aunque no haya unanimidad), elevar hasta el trono una propuesta para proteger a aquellas comunidades que, de conformidad con sus opiniones más ilustradas, hayan coincidido en promover una reforma institucional en materia de religión, sin impedir a quienes así lo prefieran conformarse con el antiguo orden. Pero es completamente ilícito ponerse de acuerdo sobre la persistencia de una constitución religiosa inconvencible que nadie pudiera cuestionar públicamente ni siquiera en el tiempo que dura la vida de un hombre, y así anular y esterilizar todo un período en el avance de la humanidad hacia su mejoramiento, causando un grave perjuicio a las generaciones venideras. Un hombre puede postergar, pero solo por cierto tiempo, la ilustración de su propia persona en aquello que tiene obligación de saber; pero renunciar a ella significa, por lo que respecta a su persona, pero aún más por lo que respecta a las generaciones venideras, tanto como vulnerar y pisotear los sagrados derechos de la humanidad. Pero lo que a un pueblo no le es lícito decidir para sí mismo, menos aún puede decidirlo un monarca para el pueblo, porque su autoridad legislativa descansa precisamente en que reúne la voluntad íntegra del pueblo en la suya propia. Si él simplemente procura

que toda mejora real o presunta sea compatible con el orden civil, entonces habrá de permitir a sus súbditos que hagan cuanto estimen necesario para la salvación de su alma; esto es algo que no le incumbe, pero en cambio sí le compete impedir que unos impidan violentamente a otros buscar con empeño dicha salvación mediante el libre uso de todas sus facultades. El monarca hará agravio a su propia majestad si se inmiscuye en ello sometiendo a inspección gubernamental aquellos escritos en que sus súbditos intentan clarificar sus opiniones, tanto si lo hace por considerar superior su propio criterio,—con lo cual se hace acreedor del reproche: *Caesar non est supra grammaticos*—, como si —lo que es peor— degrada su poder supremo al amparar, dentro de su Estado, el despotismo espiritual de algunos tiranos frente al resto de sus súbditos.

Y si ahora nos preguntáramos: ¿vivimos actualmente en una época ilustrada?, la respuesta sería: no, pero sí vivimos en una época de Ilustración. Tal como están ahora las cosas, todavía falta mucho para que los hombres, tomados en su conjunto, sean capaces, o estén ya en disposición, de utilizar con seguridad y provecho su propio entendimiento en materia de religión sin la guía de otro. Pero hay claros indicios de que ahora se les ha abierto el campo para trabajar libremente en este empeño, y también de que van disminuyendo poco a poco los obstáculos a una ilustración generalizada y los hombres van saliendo de una minoría de edad de la que solo ellos son culpables. A este respecto, nuestra época puede ser llamada Época de la Ilustración o el Siglo de Federico.

Un príncipe que no considera indigno de él reconocer como un deber suyo no prescribir a los hombres nada en cuestiones de religión, sino que les da plena libertad al respecto, tanta que incluso rechaza el pretencioso nombre de tolerancia, es un príncipe ilustrado, y merece que el mundo y las generaciones venideras le estén agradecidos y lo encomien por haber sido el primero en haber liberado al género humano de la minoría de edad, al menos por parte del gobierno, y dejado libre a cada cual para servirse de su propia razón en todo cuanto atañe a su conciencia. Bajo este príncipe se permite a reverendos clérigos someter, en calidad de personas doctas, libre y públicamente al examen del mundo juicios y opiniones que se desvíen, aquí o allá, del credo aceptado sin perjuicio de sus deberes ministeriales; y con mayor razón a aquellos otros que no se hallen coartados por algún deber de su oficio. Este espíritu de libertad se propaga también hacia fuera, incluso allí donde ha de luchar contra los obstáculos externos de un gobierno que equivoca su misión. Pues ante dicho gobierno resplandece un ejemplo de que la libertad no es motivo de preocupación alguna por la tranquilidad pública y la unidad de la comunidad. Poco a poco, los hombres se irán deshaciendo de su tosquedad gracias a su propio esfuerzo, siempre que nadie ponga particular empeño en mantenerlos artificialmente en ella.

He tratado el aspecto principal de la Ilustración, que es la salida del hombre de una

minoría de edad culpable, en lo que se refiere a cuestiones religiosas, puesto que, en lo que se refiere a las artes y las ciencias, nuestros mandatarios no suelen tener interés alguno en officiar de tutores de sus súbditos; y porque, además, esta tutela religiosa es la más nociva e infame de todas. Pero el modo de pensar de un jefe de Estado que favorece esta libertad va todavía más lejos y comprende que, incluso con respecto a su legislación, tampoco entraña peligro alguno consentir a sus súbditos que hagan un uso público de su propia razón y expongan públicamente al mundo sus pensamientos sobre una mejor concepción de dicha legislación, aun cuando critiquen con toda franqueza la ya existente; esto es algo de lo cual poseemos un magnífico ejemplo, por cuanto ningún monarca se anticipó al que nosotros aquí honramos.

Pero solo aquel que, precisamente por ser ilustrado, no teme a las sombras, pero al mismo tiempo dispone de un numeroso y bien disciplinado ejército para garantizar la tranquilidad pública, puede decir lo que en un Estado libre no osaría decir: «¡Razonad todo lo que queráis y sobre todo lo que queráis, pero obedeced!». Aquí se revela un extraño e inesperado curso de las cosas humanas; pues como sucede ordinariamente, cuando contemplamos ese curso en su generalidad, casi todo en él resulta paradójico. Un mayor grado de libertad civil parece provechoso para la libertad de espíritu del pueblo, pero al mismo tiempo le pone límites infranqueables; en cambio, un grado menor de esa libertad procura al pueblo un ámbito para desplegar esa libertad de espíritu en toda su potencialidad. Pues, cuando la naturaleza ha desarrollado, bajo tan duro tegumento, ese germen que cuida con máxima delicadeza, y que es la inclinación y vocación al pensamiento libre, este hecho irá poco a poco repercutiendo en la mentalidad del pueblo (que, de ese modo, irá haciéndose cada vez más apto para la libertad de actuar), y finalmente acabará por repercutir hasta en los principios del gobierno, el cual terminará por encontrar ventajoso dar al hombre, que ahora es algo más que una máquina, un trato digno de él.

IMMANUEL KANT

Königsberg, en Prusia, 30 de septiembre de 1784

**Una novela irrepetible, de una poesía intransigente,
dura como una piedra de afilar, furiosa como un
pequeño vestido rojo, que nos enseña cómo adquirir el
coraje suficiente para querer preguntar, querer
responder y querer comprender.**



*Desear un vestido rojo es un pecado espantoso si eres mujer. Porque de entrada el **primer pecado** es darse cuenta de que es —en definitiva es la verdad— una mujer; porque el **segundo pecado** es creer ingenuamente que es una mujer como las demás, que podría expresarse como las demás; porque el **tercer pecado** es decirse que al fin y al cabo sí que puede desear algo y expresarlo; porque el **cuarto pecado** es tener un deseo propio que hace tomar consciencia de que podría tener una existencia propia; porque el **quinto pecado** es querer existir en toda regla, y el **sexto pecado** le hace decir ingenuamente que necesita creerlo, y entonces llega el **séptimo pecado**, el séptimo pecado hace que surja en ella la idea de que es un individuo.»*

La joven en cuya cabeza pululan estas palabras vive en un suburbio de París, tiene una hija de diez años y un marido que ha trazado para ellas un plan lleno de fronteras. La joven en cuya cabeza pululan estas palabras ha visto un vestido rojo en un escaparate, ha intentado comprarlo pero no puede. Piensa en que quizás, algún día, su hija pueda ponérselo en su nombre. Desea que, algún día, su hija se lo ponga en su nombre.

La joven madre que desea el vestido rojo no sabe leer. Sin embargo, acaba de llevar a casa un libro que ha encontrado en el descansillo de su piso.

Podría ser del vecino, pero lleva varios días ahí y no lo ha recogido. Ella no sabe leer, pero su hija sí. Ese libro no puede estar ahí por casualidad. ¿Quién es ese Kant que habla de atreverse, de conocerse, de la necesidad de ilustrarse, de saber, para ser un individuo completo, una persona? La joven madre no es una joven madre cualquiera. Es francesa, pero no es blanca ni católica. La joven madre de esta novela es un fantasma que se esconde tras un burka.

María Angulo ha conseguido transformar en imágenes todos esos deseos.

Lamia Berrada-Berca (1970) es una escritora francesa hija de madre francesa y padre marroquí, con antepasados suizos y escoceses. El hilo rojo que la une al mundo es la lengua francesa. Ha escrito seis novelas. *Kant y el vestido rojo* (2011) es la primera que se traduce al español.



fr-fr.facebook.com/LamiaBerradaBerca

María Angulo Aguado (1962) es artista plástica. El hilo rojo de sus proyectos creativos es la reflexión sobre el lugar de la mujer en la sociedad contemporánea, tanto en el llamado primer mundo como en el considerado como tercero.

www.maria-angulo-aguado.es

Título original: *Kant et la petite robe rouge*

Edición en formato digital: abril de 2017

© 2016, La Cheminante

Publicado por acuerdo con Agence littéraire Astier-Pécher

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Joaquím Chamorro, por la traducción de *Was ist Aufklärung?*

© 2017, Noemí Sobregués, por la traducción de *Kant et la petite robe rouge*

© 2017, María Angulo Aguado, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Ilustración de portada: María Angulo Aguado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-3963-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Asociación de Mujeres Africanas del Valle del Oise.

Índice

Kant y el vestido rojo

¿Qué es Ilustración?

Sobre este libro

Sobre Lamia Berrada-Berca y María Angulo Aguado

Créditos

Notas